

Día de Mercado

Naim, camuflado entre los pliegues de su chilaba de rayas, permanece oculto en la sombra que arrojan los chamizos. Saborea las ráfagas de canela que le llegan desde los tenderetes de la plaza, alerta a las idas y venidas de mercaderes y compradores. Desde su posición se mantiene al acecho de su presa.

No tarda en distinguir una silueta entre la neblina de polvo. Viene sola, distraída con el griterío de las pujas. No tendrá ni diez años y anda entre los puestos con cara de hambre y con su puño bien apretado sobre un par de monedas.

Naim la sigue con la mirada mientras ella, con la agilidad de un renacuajo, regatea entre manojos de verduras y enclenques pollos desplumados.

Él se incorpora a la agitación de los puestos. Se para frente al latonero que repara, a bordo de una achacosa bicicleta, cacerolas y moldes que perdieron su habilidad de retener leche y almíbares. Sin perderla de vista, da unos pasos y se detiene junto al alfarero, interesándose por el lenguaje de su torno que salpica de barro sus intenciones. Sin prisas recorta distancias.

—Hola pequeña —le dice haciéndose finalmente el encontradizo en el mostrador de los dulces—. Cuanta tentación, ¿verdad? ¿Cómo te llamas?

—Layla —contesta la niña bajando la mirada.

—Déjame adivinar, Layla. Te gustan los pastelitos, ¿verdad?

Layla se encoge de hombros mirándolos por el rabillo del ojo y el tendero, atento a una posible venta, le pregunta cuál es el dulce que quiere.

—No, no se preocupe, se anticipa Naim sacando uno de una bolsa que le colgaba del brazo.— Llevo varios aquí. Toma, para ti.

Gracias, le dice la niña llevándose el dulce a la boca.

Naim se mantiene detrás, a la espera.

Los pasos de Layla se hacen indecisos y muestran los primeros síntomas del dulzor que invade su boca. Las sandalias, dubitativas, caminan al margen de sus pies que, aturdidos, se escabullen por los bordes. Un traspíe y las monedas caen de su puño. Naim se adelanta con cautela y agarra la mano que la niña le da sin resistencia, con la mirada perdida en un mundo que se le escapa.

Despacio, van dejando atrás el bullicio del mercado. En extramuros, el aire recibe el frescor de las acequias que, entre juncos, discurren aguas abajo bañando los huertos. Naim,

lejos de miradas incómodas, acomoda su paso al de Layla que camina enredada en la negrura de su sombra.

Ya en el patio no hay más ruido que el murmullo de la alberca. En el interior, la luz escondida entre celosías, dibuja oscuros presagios en la geometría de los azulejos que lanzan destellos de alarma. Como en un ritual, Naim tiende a Layla sobre los almohadones y con estudiada lentitud le quita la ropa. Ya desnuda, la lava mientras le habla de hermosos jardines, de valles sombreados, de ríos de leche y miel.

Layla se deja hacer. Levanta un brazo, el otro. Se gira a un lado, al otro. Separa las piernas. Arquea la espalda. Él no se compadece de su abandono. La viste con un kaftán de algodón blanco, sobre el que ciñe una faja de seda. La calza con unas sandalias, cepilla su pelo y le da un beso en la frente. Eres una elegida, pequeña, te espera el paraíso, le dice. Ella le mira sin verle.

Luego, con la precisión de un relojero, termina de ajustar los cables del ingenio que tiene entre las manos. Presta especial atención a las conexiones, comprueba los contactos de cada hilo, de cada alambre. Satisfecho, lo introduce en la mochila y sube mansamente la cremallera deleitándose en el cierre de cada diente.

—Acércate pequeña —y le cuelga la mochila a su espalda como el que deja caer un sudario sobre la cruz.

—Camina, Layla, —le dice ya en la calle— Camina hasta el bazar. Asegúrate de llegar hasta el fondo. Yo me ocuparé del resto.

La pequeña gira sus pies y con diminuta majestad se pone en marcha.